

Marcela N. Pezzuto (2017). *Palabra, Imágenes y Símbolos en el Mundo Jesuítico-Guaraní. Estudio de la "Conquista Espiritual" de Antonio Ruiz de Montoya (1639)*. Buenos Aires. Miño y Dávila Editores. ISBN 978-84-16467-80-8; 120 páginas.

Carlos D. Paz*

Los estudios sobre la Compañía de Jesús poseen una pujanza, densidad analítica y actualización constante que se refleja, claramente, en la obra que aquí comentamos de Marcela Pezzuto. Un trabajo que, como su autora propone en la Introducción, intenta conciliar las Letras con la Historia (p. 11) brindando al lector un análisis pormenorizado de los tópicos desde los cuáles Montoya construye la narrativa que encontramos en la *Conquista Espiritual*; una descripción de una obra señera de la historiografía jesuítica que pone énfasis en la multiplicidad de registros y voces que el mismo Montoya despliega a lo largo de una de sus mayores obras. De este modo lo que se rescata hábilmente es la pluralidad de registros que se hacen presentes en la escritura etnológica de la Compañía de Jesús y las posibilidades de lectura/abordaje de los mismos.

La construcción del relato que hace Montoya se basa en una estructura argumental que presenta un contexto destinado al lector de su tiempo –y por qué no del actual– para luego puntualizar los avatares a los que se encontraban expuestas las poblaciones guaraní, y los sacerdotes, en el marco de la Conquista. Esa estructura argumental es construida y destinada para crear un lector/espacio simbólico que coloque a los guaraní, y sus formas culturales, en conocimiento de todos aquellos potenciales lectores de la *Conquista Espiritual*.

Pezzuto, en variadas ocasiones, de modo directo o de forma alegórica, califica a Montoya como un etnógrafo, aunque de calidad particular en lo que hace a sus observaciones. Esto se sostiene cuando la autora indica que no se puede dejar de lado el etnocentrismo de Montoya en virtud de su condición de



* FHC-UNCPBA / Dpto. de Historia. E-mail: paz_carlos@yahoo.com / ychoalay@gmail.com

religioso del siglo XVII, dado que nadie escapa al sí-mismo que lo moldea. No obstante ello en Montoya lo que encontramos es “el punto de vista del nativo [...] a través del discurso indirecto [mediante el cual se] describirá costumbres, creencias y hábitos” (p. 43). Esta forma indirecta de argumentar de Montoya es la que se analiza por medio de la selección de algunos capítulos de la *Conquista Espiritual* señalando los puntos en dónde se hacen explícitos el etnocentrismo y el discurso indirecto. Lo cual sin lugar a dudas se posiciona como una guía por demás pertinente para quiénes aborden, por primera vez o nuevamente, la obra de Montoya.

Esta misma metodología de trabajo es la que se emplea cuando se describe, explica y analiza el *exemplun* como figura retórica, de pretensión didáctica, que tiene como objetivo persuadir al lector de Montoya sobre el carácter mismo de los indios así como de la sociedad colonial en su conjunto. Esa persuasión es la que opera por medio de aquellos micro-relatos sobre sucesos y acontecimientos notables que el jesuita inserta en cada uno de los capítulos que componen su obra y que Pezzuto analiza pormenorizadamente agrupándolos en función de la acción/carácter que movilizan y transmiten y, si es que el *exemplun*, desde su finalidad pedagógica, puede considerarse como negativo o positivo. Allí es donde el lector, tanto de Montoya como de Pezzuto, puede abstraer proposiciones particulares sobre el funcionamiento de aquella sociedad nativa que ayuden a explicar buena parte de la conflictividad que se movilizó contra la Compañía de Jesús así como opuesta a los guaraní.

Un punto imposible de quedar fuera de análisis, por su centralidad, tanto para Montoya como para el estudio propuesto de su obra, es la cuestión de las reducciones. Las mismas que son consideradas por nuestra autora como heterotopías dentro de la sociedad colonial -formulando así una filiación intelectual con algunas de las propuestas foucaultianas; las mismas que atraviesan buena parte del libro comentado. Recordemos que las reducciones del Guayrá, así como tantas otras, habían sido creadas con una finalidad defensiva y que su desarrollo dentro de la sociedad colonial generó particularidades notables haciendo de lo guaraní no sólo el arquetipo de la indianidad y del éxito reduccional si no que rápidamente despertó la codicia de varios sectores y agentes coloniales. En esta descripción de las reducciones, y siguiendo a Montoya, es cuando la autora resalta la existencia yuxtapuesta de varios microcosmos nativos que se expresaban en los distintos espacios físicos, simbólicos, ideológicos e imaginarios creados por el accionar misional reduccional. La plaza, el jardín, la Iglesia, el cementerio, el monte son aquellos espacios de la reducción dónde el poder se manifiesta y cobra visibilidad por medio de distintas expresiones que refieren a diferentes momentos y sectores de la comunidad nativa en sí así como en su nueva relación con la sociedad hispano-criolla.

Alejándose de los análisis que ponen el dedo en renglón a cómo es que el poder se materializaba, y generaba conflictos, entre los guaraní, la propuesta de Pezzuto apunta a brindar claves para reflexionar en qué medida la articulación de estos micro-poderes posibilitó el desarrollo de la sociedad guaraní tal como la conocemos. Micro-poderes que, a su vez, se manifestaban por medio de aquellos micro-relatos a los que hacíamos mención más arriba, evidenciando de este modo la coherencia de la propuesta analítica del libro que aquí reseñamos.

La vida cotidiana de los guaraní dentro de las reducciones se indaga, como momento particular de la experiencia catequética, por medio de las imágenes retóricas a las que se recurre para la tarea evangelizadora en aquel combate contra los sectores

políticos que se oponían a la prédica jesuítica. Estudio pormenorizado que se lleva adelante por medio de un análisis estructural del lenguaje empleado por Montoya. Esta exégesis, mediante el abordaje de “las *macroestructuras* permite explicar por qué para el hablante [guaraní] intuitivamente ciertas series de oraciones son válidas como texto comprensible y aceptable” (p. 93; énfasis en el original), lo cual impulsa al lector de Pezzuto a avanzar en el conocer y cuestionar la eficacia simbólica que se construyó desde la intencionalidad movilizadora por la retórica desplegada por el sacerdote.

Es muy difícil, dado el estado actual del conocimiento tanto de la escritura jesuítica así como sobre el propio Montoya, generar reflexiones que sean novedosas y que resulten un aporte al estado de la cuestión general de los estudios existentes al respecto. Empero, Pezzuto desde la conjunción de las Letras con la Historia brinda nuevas claves de lectura para reflexionar sobre la construcción de buena parte del cuerpo documental que continuó con la forma argumental desarrollada por el jesuita limeño. Montoya y su *Conquista Espiritual*, desde la óptica propuesta es tan sólo una excusa metodológica, una muestra de las posibilidades analíticas que residen aún en los escritos jesuíticos impresos; una manifestación y forma de abordaje del cuerpo documental que podemos utilizar para distintos autores jesuitas de distintos períodos. Por ello no cabe más que recomendar la lectura de *Palabras, Imágenes y Símbolos...* no sin antes alertar al lector de la densidad teórica, argumental y analítica que ha de encontrar en esta novísima contribución a la historiografía.